



DISCERNIR
"EL SIGNO"
DE LOS TIEMPOS

Ignacio Ellacuría

Estas breves líneas del P. Ellacuría nos señalan el lugar concreto donde hay que escuchar hoy la voz de Dios. Fueron publicadas, dentro de un contexto de varias colaboraciones sobre el tema "Los signos de los tiempos", por la revista española "Vida Nueva", 27 Diciembre 1980 - 3 Enero 1981.

Nuestro tiempo está lleno de signos a través de los cuales se hace presente el Dios que salva la historia. El problema está en discernirlos, en llegar a saber qué dice -- Dios a través de ellos y cómo debemos responder los hombres a esa voluntad de Dios apuntada a través de signos. Porque a esos signos nos referimos, cuando hablamos de signos de los tiempos. Son signos temporales, históricos, de modo que a través de ellos, a través de su opaca transparencia, se nos hace presente el Dios histórico, el Dios que es más Dios de vivos que de muertos, más de las personas -- que de las cosas, más del acontecer histórico que del curso natural. Los muertos, las cosas y la naturaleza apenas tienen novedad o su novedad es en definitiva una novedad lenta y fija, predeterminada. Constituyen, si se quiere, un signo permanente, un signo natural, pero no un signo de los tiempos. Es en las cosas que pasan, es en la historia, donde el Dios de los vivos y el Dios de lo nuevo se hace presente como Señor que quiere ser de la historia.

Pero entre tantos signos como siempre se dan, unos llamativos y otros apenas perceptibles, hay en cada tiempo uno que es el principal, a cuya luz deben discernirse e interpretarse todos los demás. Ese signo es siempre el pueblo -- históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese -- pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de ese mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida.

Su carácter de signo cristiano está asegurado por el mismo Jesús. En el que tiene hambre y sed, en el encarcelado y desaparecido, en el que es perseguido hasta la muerte por - causa de la justicia y para que siga reinando la injusticia, en el que es pobre porque ha sido despojado, en ese se esconde y aparece Jesús. En él se da el gran signo de los tiem--pos, precisamente en su opaca y ambigua transparencia. No - importa que no lo reconozcan así los sabios de este mundo, ni los escribas y fariseos, ni los levitas, sacerdotes y - pontífices; tampoco sus antepasados reconocieron a Jesús ni como profeta ni como Hijo de Dios ni siquiera como sier---vo de Jahvé. Y sí importa -porque comprueba la autenticidad del signo- que los poderosos de este mundo, los ricos y los opresores, le llamen subversivo, subvertidor del orden pú--blico, samaritano o comunista, contradictor y negador de sus lujos, de sus explotaciones y de sus masacres. Así le consideraron también a Jesús porque Dios es la negación del pecado. Ese pueblo crucificado está ahí. A veces nos lo mues--tran en televisión y otras aparece en las esquinas de la -- prensa o de la radio. Pero en realidad no tiene publicidad, no se le conoce. Se hace todo lo posible por ocultarlo para que no perturbe nuestra tranquilidad occidental y burguesa; se lo muestra para que dejemos correr nuestras dulces lágrimas de cocodrilo o, a lo sumo, para que se desahogue la tensión en una esporádica protesta callejera. Contentada la -- conciencia con el ejercicio piadoso del lamento y de la compasión, nos volvemos en seguida a lo que de verdad nos preocupa, a la subida del precio del petróleo o de la cesta de navidad, a jugar en la lotería de la vida para ver si nos - cae el gordo del poder, del dinero, del dominio, del éxito,

de la diversión. Todo importa más que escuchar realmente - la voz de Dios que con gemidos inenarrables o con gritos es tentóreos clama por las heridas abiertas de la injusticia universal; la voz de Dios que se escucha tanto en los sufri mientos como en las luchas de liberación.

Es posible que a algunos esa presencia les parezca oscura o esa voz demasiado lejana y tenue. ¡Ay de ellos! Están muy lejos de Dios, están muy apartados de la salvación. Pero -- son ellos los que se alejan, porque el pueblo crucificado, crucificado por nosotros, está por todas partes y son la -- Verdadera humanidad. Y los que le crucifican, constituyen todos ellos la bestia del Apocalipsis. Y los que se hacen - sordos y ciegos, porque les parece que éste no es un proble ma religioso, esos son los tibios que Dios, asqueado, ha vo mitado ya de su boca.

La Iglesia debería ponerse como misión universal históri ca hacer volver a los hombres con ojos de misericordia -Di- ves in misericordia- a esa humanidad explotada y masacra-- da. Lo que las agencias de turismo hacen para que el mundo se divierta debería hacer la Iglesia en dirección contraria para que el mundo se convierta. Que los hombres pongan sus ojos y su corazón en Guatemala y sus gentes asesina en El Salvador y sus diez mil víctimas enterradas este año, en tantos sitios donde las mayorías son oprimidas secularmen te y perseguidas cuando buscan liberarse de esa opresión. Y con los ojos y el corazón puestos sobre estas sangrantes realidades históricas, mediten sobre la pasión y la muerte de Jesús, sobre su corazón abierto por la lanza del poder, de la opresión y de la represión. Quizá salga así de ese - corazón abierto una humanidad nueva y renazca así una Igle sia más resplandeciente, con menos manchas y arrugas, con mayor ímpetu profético, con mayor semejanza con Jesús muer to por nuestros pecados y matado por los ateos y asesinos de siempre.